

ASI FUE LA CRISIS DE OCTUBRE DE 1974

El cese de Pío Cabanillas y la dimisión de Barrera de Irímo, minuto a minuto

Por Pedro J. RAMIREZ

Cuando con cierta perspectiva se escriba la historia de la transición, uno de sus primeros capítulos se ocupará detenidamente de la crisis que se desencadenó el 29 de octubre de 1974. Aquel día perdieron los «aperturistas» una dura batalla que llevaba librándose varios meses. Ahora, dos años después, hemos tratado de reconstruir, con toda la minuciosidad que permite el recuerdo de seis de sus principales protagonistas, los hechos que llenaron aquellas jornadas.

PROLOGO

TRAS realizar una serie de ensayos subiendo y bajando una escalerilla de embarque colocada por Iberia en uno de los espacios abiertos de El Pardo, Francisco Franco, convaleciente de su primera enfermedad grave, ha marchado por vía aérea a Galicia dispuesto a pasar sus habituales vacaciones veraniegas. «Ni Arias ni nadie pensaba entonces que el Jefe del Estado pudiera reasumir el poder», recuerda un alto funcionario de la Presidencia del Gobierno.

El 1 de septiembre de 1974, el presidente recibe, sin embargo, en Salinas una llamada telefónica de Cristóbal Martínez Bordiú, quien le adelanta la decisión de Franco. El presidente insiste en que sea el propio Caudillo quien se lo comunique, y éste le dice lacónicamente: «Arias, ya estoy curado». Tal acontecimiento coloca de nuevo en precario a quienes, desde los Ministerios de Información y Turismo, Hacienda y Presidencia, pretendían desarrollar plenamente el espíritu del 12 de febrero. Sobre Pío Cabanillas, su cabeza visible, pende de nuevo la espada del cese.

El viernes día 6 comen en «Zalacaín» Carlos Arias, Pío Cabanillas y Antonio Carro, ministro de la Presidencia. Su objetivo es perfilar unas declaraciones periodísticas elaboradas por el equipo de Presidencia, a partir de una especie de ponencia redactada por Juan Antonio Ortega y Díaz-Ambrona —director del Instituto de Estudios Administrativos— en la casa de ejercicios de «Los Molinos», en la sierra madrileña. El lunes día 9, el presidente entrega dichas declaraciones al director de la agencia Efe.

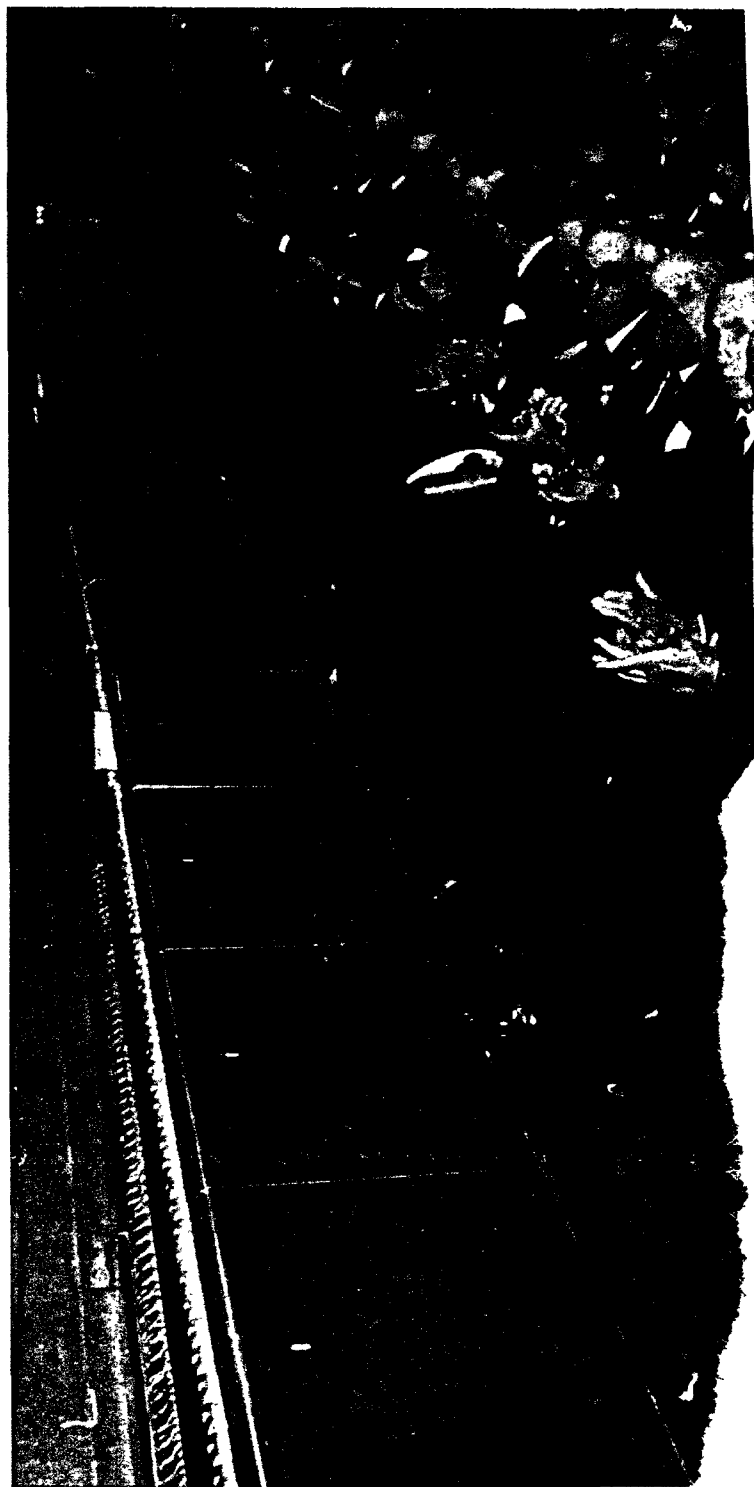
En las mismas se impulsa de nuevo la reforma, se elogia con cierto énfasis la actuación de Don Juan Carlos como Jefe de

Estado en funciones y se alude a quienes «han creído encontrar en la enfermedad del Jefe del Estado ocasión propicia para movilizar sus ambiciones personales». Algunos de los colaboradores de Arias en Presidencia proponen complementariamente «un acto de poder respecto a la clase política» y sugieren las fulminantes destituciones de quienes han protagonizado ciertos movimientos en Marbella en torno a la figura de José Antonio Girón de Velasco: entre ellos, un futuro miembro del segundo Gobierno de la Monarquía y tres altos cargos de importantes empresas nacionales.

Las declaraciones a Efe son acogidas con frialdad en El Pardo, tras influir negativamente sobre Franco algún otro miembro del Gobierno. El viernes día 13 estalla una bomba en la cafetería Rolando, de la calle del Correo, matando a once personas. «Fuerza Nueva» publica un comentado artículo —«Señor presidente», se titula—, en el que se autoexcluye de la política gubernamental.

Flota en el ambiente ya la sensación de que el ministro Cabanillas está sentenciado. A manos del Jefe del Estado han llegado dos «dossiers», recogiendo una especie de antología negativa de la Prensa del momento: la incipiente escalada pornográfica es, al parecer, lo que más impacto causa en Francisco Franco. Pío Cabanillas prepara un contra-«dossier» que el presidente Arias no considera oportuno llevar a El Pardo.

El viernes 3 de octubre vuelven a comer en «Zalacaín» Pío Cabanillas, Arias y Carro, esta vez con el vicepresidente García Hernández. El ministro de Información pone sobre la mesa un tema trascendental: «Hay que coronar». Se le escucha con interés y la conversación se prolonga, decidiéndose, por fin, continuar al día siguiente. Cabanillas recibe por la mañana una llamada de Carro, advirtiéndole que el presidente ha reflexionado sobre el asunto y ha



decidido congelarlo por el momento. La suerte está echada.

Quienes insisten en mantener a Pío Cabanillas le aconsejan que permanezca «muy pegado al terreno» y tratan de disuadirle de que realice un viaje a distintos países árabes cuyo objeto es recolectar votos de cara a la concesión a nuestro país de la sede de la Organización Mundial del Turismo. El ministro de Información parte, sin embargo, hacia Teherán. A su regreso la crisis estará ya en su recta final.

Jueves, 24 de octubre de 1974

A última hora de la tarde llega Pío Cabanillas a Barajas procedente de Teherán. Le espera su subsecretario, Marcelino Oreja, con quien ha mantenido constante contacto telefónico los pasados días. «España va a presentar su candidatura como sede de la Organización Mun-

dial de Turismo», manifiesta la cónicamente el ministro de Información al puñado de periodistas que han acudido a recibirle.

En su coche oficial, Pío Cabanillas marcha directamente a Castellana, 3, sede de la Presidencia de Gobierno, donde se celebra la habitual reunión preparatoria del Consejo de Ministros previsto para el día siguiente. Son las ocho menos cuarto y el presidente Arias ha abandonado la sesión para despachar en El Pardo con Franco.

Cabanillas está preocupado por el grave estado de salud de su suegro, persona muy querida para él.

Viernes, 25 de octubre de 1974

A primera hora de la mañana, el vicepresidente primero y ministro de la Gobernación, José García Hernández, repasa con



Diecisiete de los dieciocho coupantes del banco azul —empezando por Arias y Rodríguez de Valcárcel aplauden al final del discurso de Labadie Otermín en el Consejo Nacional. Antonio Barrera de Irímo permanece con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Nunca un ministro de Franco había dimitido de forma tan contundente. En el banco azul ya no estaba Pío Cabanillas. Esta foto de Pastor, muy comentada y reproducida, fue finalista del premio Mingote.

su subsecretario, León Herrera, los últimos detalles de la cartera del Consejo de Ministros. Son unos breves retoques finales, tras los cuales, y antes de salir hacia El Pardo, García Hernández invita a su colaborador a pasar del despacho oficial a un pequeño despacho interior mucho más íntimo.

«Mira, hay bastantes posibilidades de que cambie el ministro de Información y hay bastantes posibilidades de que tú seas su sucesor», viene a decirle. León Herrera, antiguo director general de Correos y director general de Empresas y Actividades Turísticas durante los siete años y medio de la «era Fraga», no se sorprende demasiado: del cese de Cabanillas se venía hablando con insistencia y su nombre había sido barajado entre los minis-

trables de la anterior crisis, tras la muerte de Carrero.

Su reacción fue más bien cauta: se encontraba a gusto en Gobernación... Sustituir a un viejo amigo como Cabanillas y en las circunstancias actuales sería algo difícil de hacerse perdonar... Ambos quedaron de acuerdo en esperar el desenlace de los acontecimientos.

El Consejo transcurrió con toda normalidad, aprobándose las nuevas medidas económicas propuestas por Barrera de Irímo y el nombramiento de Fernando Suárez González, procurador familiar por León, poco conocido fuera del ámbito de las Cortes, como secretario general técnico de la Presidencia del Gobierno.

Pío Cabanillas, deseoso de marchar cuanto antes hacia Orense, acordó con Arias pos-

tergar para otra ocasión su informe sobre el viaje a los países árabes y dejar en manos de Barrera de Irímo la habitual rueda de Prensa a celebrar por la tarde. El presidente y su ministro de Información quedaron en verse el lunes, a la una, tal y como venía siendo constante de anteriores semanas.

Sábado-domingo, 26-27 de octubre de 1974

Arias, García Hernández y Carrero pasan el fin de semana cazando juntos. Pío Cabanillas asiste en Orense al entierro de su suegro. León Herrera estrena su nuevo «Mercedes» y asiste con su mujer a la Fiesta del Azufrán, que se celebra en Con-

suegra. La Prensa refleja tímidamente un atentado contra las instalaciones de Fos-Bu Craa en el Sahara. Son contadísimas las personas que sospechan la inminencia de la crisis.

Lunes, 28 de octubre de 1974

En el antedespacho del presidente Arias, Pío Cabanillas coincide con el director general de Relaciones Institucionales, Luis Jáudenes. El todavía ministro de Información llega con unos minutos de retraso y muy cargado con varias carpetas y «dossiers».

La conversación con Arias es breve. Visiblemente incómodo el presidente explica que el Jefe del Estado le ha pedido su cese

ALTA TENSION POLITICA: ESTOS FUE



Antonio Carro no pudo evitar el cese de Cabanillas. Recomendó luego pragmatismo a sus colaboradores.



Marcelino Oreja. El subsecretario de Información y Turismo. Vivió la crisis muy pegado a su ministro.



José López Muñiz, subsecretario de Hacienda. En las horas cruciales nadie podía conectar con Barrera.



Fernández Ordóñez, presidente del I. N. I. Intensa actividad durante el día 29. Luego, dimisión irrevocable.

porque está descontento con la orientación de la política informativa y porque la televisión le parece «un nido de rojos». Cabanillas contesta que se hace cargo de la situación y se limita a matizar algún que otro aspecto.

—Yo lo que no hago es ir mañana al Consejo Nacional.

—Muy bien, como te parecía...

—Quisiera, además, ser yo quien haga pública la noticia.

—De acuerdo.

La entrevista apenas ha durado quince minutos. Por la tarde, Pío Cabanillas preside normalmente un acto en el Ministerio, concretamente la toma de posesión de Alejandro Royo Villanova como secretario general técnico. El ministro da instrucciones para que la referencia del acto se airee informativamente lo menos posible.

A las ocho de la tarde, León Herrera acude a ver al Presidente, quien lo ha citado con anterioridad. Arias le confirma que tiene el visto bueno del Jefe del Estado para su nombramiento. La presencia del subsecretario de la Gobernación en Presidencia corre como un reguero de pólvora entre los altos cargos vinculados al ala aperturista del Gobierno. Ya es evidente lo que ocurre.

Pío Cabanillas cena con Marcelino Oreja en el restaurante «Sacha», en la zona de Doctor Fleming. Pronto se les une el subsecretario de Hacienda, José López Muñiz, quien ha recogido por el camino a Luis Jáudenes. Este último ha interrumpido una cena de carácter privado en el restaurante «Las Reses».

Cabanillas les informa al detalle de la situación y López Muñiz y Jáudenes sugieren hacer algo por ver si todavía es posible parar la crisis. Deciden presionar sobre Arias a través

de Antonio Carro. Cabanillas se levanta durante la cena y llama por teléfono a Antonio Barrera de Irímo a su casa de Puerta de Hierro. Es una breve conversación, en el transcurso de la que no queda nada claro cuál puede ser la reacción del ministro de Hacienda.

Martes, 29 de octubre de 1974 (la mañana)

Barrera, sin embargo, parece dispuesto a llegar hasta el final y mantiene una conversación un

tanto tensa con el Presidente a primera hora de la mañana. Su argumento fundamental es que el cese de un ministro afecta a todo el gabinete y que había que haber contado con la opinión de sus miembros antes de tomar tal decisión. Arias se muestra algo áspero e intransigente y Barrera le presenta la dimisión.

El ministro de Hacienda y vicepresidente segundo del Gobierno decide acudir en cualquier caso al acto previsto en el Consejo Nacional conmemorando el XLI aniversario de la Fundación de la Falange.

Entre tanto, el subsecretario de la Presidencia, José Manuel Romay y Luis Jáudenes han hablado con Carro, convenciéndole de que es necesario realizar un último esfuerzo ante Carlos Arias.

Por su parte, Francisco Fernández Ordóñez, presidente del I. N. I. y uno de los miembros más progresistas del «equipo Barrera», se ha enterado del cese de Cabanillas a través de un comunicado de Marcelino Oreja y después de las nueve y media. Fernández Ordóñez se plantea inmediatamente en el Ministerio de Información. Allí encuentra a Pío Cabanillas un tanto nervioso y al director general de Cultura Popular, Ricardo de la Cierva, paseando a grandes zancadas por los pasillos.

El presidente del I. N. I. explica que él dimita y que está dispuesto, si hace falta, a no volver a aparecer por su despacho. Se interesa en seguida por la postura de Barrera, pero nadie sabe exactamente qué es lo que hará: «Dice que va a dimitir, pero se teme que le convenzan».

Francisco Franco y el Príncipe de España llegan a la Plaza de la Marina Española. Varios periodistas escuchan poco antes de que comience el acto una conversación cuyo significado todavía no alcanzan a comprender plenamente; es Arias, quien dirigiéndose al presidente de las Cortes, Alejandro Rodríguez de Vascócel, explica: «Ha dimitido Barrera, pero me sobran ministros de Hacienda, y si alguien más tiene que dimitir, que dimita...».

La ausencia de Pío Cabanillas se advierte apenas el Gobierno ocupa el banco azul. El discurso central del acto corresponde a quien fuera el más joven de los gobernadores civiles del Régimen entonces y presidente de la Empresa Nacional de Artesanía, Francisco Labadie Otermin. Sus palabras poco o nada tienen



A Pío Cabanillas le regalaron una barretina e impulsivamente la agitó al aire. Era la Fiesta del Libro en Barcelona. Era la apertura cultural en plena primavera.

ON LOS PROTAGONISTAS DE LA CRISIS



Luis Jáudenes, director de Relaciones Institucionales. Hasta el último momento luchó contra lo inevitable.



Gabriel Cañadas. Se le atribuye la redacción primera del artículo publicado en «Ya» el día 30.



León Herrera, subsecretario de la Gobernación. García Hernández le llamó a su despacho el viernes día 25.



Rafael Cabello de Alba, vicepresidente de Seat. Estaba en las Cortes. También le llamó García Hernández.

que ver con el léxico acuñado por el Gobierno el 12 de febrero: «Defenderemos con uñas y dientes la legitimidad de una victoria que es hoy patrimonio del pueblo español».

Al final de su intervención en la más ortodoxa línea «dura», Labadie Oterín es calurosamente aplaudido. Al aplauso se suman los miembros del Gobierno a excepción de Barrera, quien hace el ceño y se cruza de brazos con ostentación.

Al amparo de un sol tibio y boñal los señores consejeros charlan en grupitos y se pasean entre los jardines de la Plaza de la Marina Española una vez acabado el acto. Barrera explica su decisión a algunos compañeros de gabinete, entre los que cunca la inquietud.

Fernández Ordóñez, ansioso por conocer la decisión final de Barrera se acerca al Ministerio de Hacienda y charla con el subsecretario López Muñoz, quien tampoco puede sacarle de dudas. Tras el acto del Consejo Nacional es imposible conectar con él.

El presidente del I. N. I. visita a continuación al almirante Pita da Veiga en el Ministerio de Marina, con objeto de despachar un asunto urgente. Aprovecha la ocasión para confesarle sus escrúpulos y exponerle su decisión de abandonar su cargo. Pita da Veiga hace algunos comentarios y se sume en un enigmático silencio.

Pío Cabanillas habla por teléfono con León Herrera y conciertan una entrevista para las seis de la tarde en casa del primero.

Martes, 29 de octubre de 1974 (la tarde)

Fernández Ordóñez come en el hotel Villamagna con el Minis-

tro de Comercio, Nemesio Fernández Cuesta; el de Industria, Alfredo Santos Blanco y el Subsecretario de Industria, Landelino Lavilla. La incógnita de la decisión última de Antonio Barrera de Irmo preside la comida.

Por la tarde al filo de las cinco y media García Hernández llama a las Cortes a su compañero en el cuerpo de abogados del estado y vicepresidente de Seat, Rafael Cabello de Alba, ofreciéndole la cartera de Hacienda. Cabello de Alba abandona precipitadamente el Palacio de las Cortes, llevando consigo unos papeles necesarios para la conti-

nuación de la sesión de trabajo en la que participaba. La comisión correspondiente debe interrumpir su labor.

León Herrera visita a las seis a Pío Cabanillas en su casa de Alberto Alcocer. Charlan animadamente durante una hora con la compañía de una botella de whisky. La dimisión de Barrera ha venido a complicar la crisis y su desenlace no es ya tan evidente. Pío Cabanillas piensa no obstante que su cese es irreversible y comunica a León Herrera que prácticamente todo el equipo del Ministerio ha decidido marcharse con él. Al final sólo con-

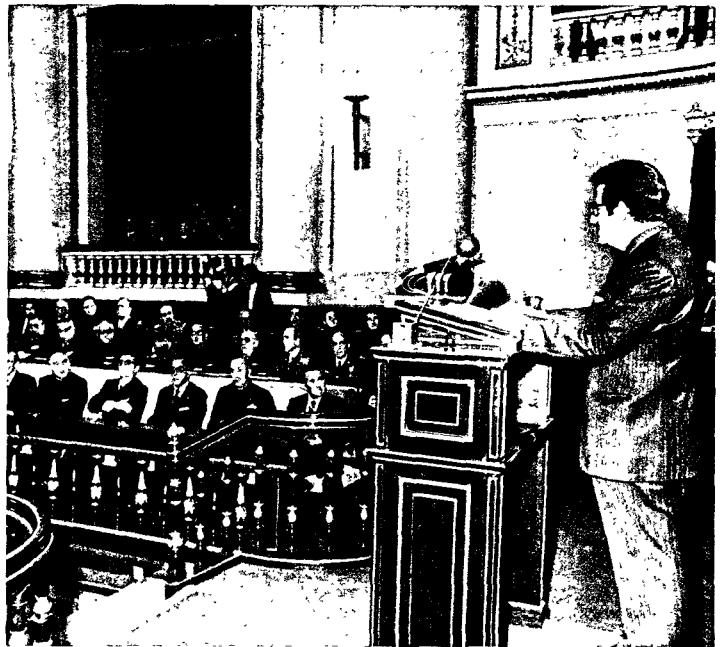
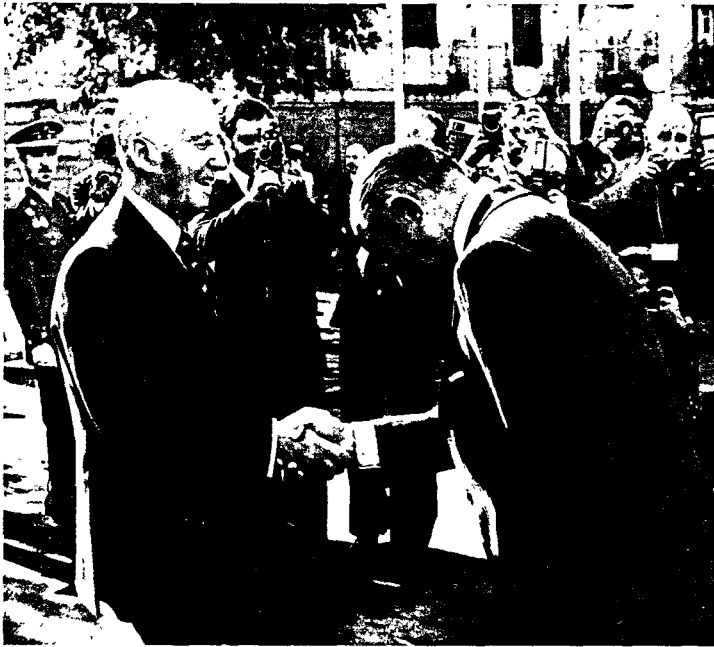
nuarían Jiménez Quilez y Rogelio Díez.

Ambos coinciden en la importancia de asegurar la concesión a España de la sede de la Organización Mundial del Turismo. Salen juntos al cabo de una hora. Pío Cabanillas regresa al Ministerio de Información y León Herrera al de Gobernación. Poco después camino de su casa este último le daría vueltas al tema «pensando que tal vez se trataba simplemente de una finta y que todo quedaría como estaba».

Carlos Arias despacha con Franco pasadas las ocho de la tarde. Tras escuchar a Carro ha



Ruedas de Prensa tras los Consejos de Ministros. Una auténtica comunicación entre la Prensa y el Gobierno. «No he venido a cerrar nada», afirmó León Herrera. Tendría que anunciar cinco penas de muerte y el fallecimiento de Francisco Franco.



Carlos Arias saluda respetuoso al Jefe del Estado poco antes de que comience la sesión del Consejo. Pío Cabanillas ya estaba cesado, tal y como él le había pedido. «Defenderemos con uñas y dientes la victoria...», proclamaría en seguida Labadie. Obsérvese que Barrera ya había compuesto su «pose». Acababa de presentar su dimisión.

pensado plantear la posibilidad de ampliar la crisis y relevar también a algunos de los ministros más identificados con planteamientos y sectores inmobilistas. La decisión de «El Pardo» es sin embargo contraria a tal manobra y todo se reduce a las carteras de Información y Hacienda.

tenientes generales en aceléfono sucesivamente a Fernández Ordóñez, sugiriéndole que reconsiderara su decisión de dimitir.

A las nueve y media de la noche Carro llama a Pío Cabanillas para que se encargue de hacer pública la noticia y éste consigue al fin conectar con Barrera: «A ti te sustituye Rafael y a mí me sustituye León», le dice. Carro llama también a León Herrera a su casa en la calle General Moscardó, comunicándole que el «Boletín Oficial del Estado» publicará al día siguiente los nombramientos.

Miércoles, 30 de octubre de 1974

A las nueve menos cuarto de la mañana Francisco Fernández Ordóñez se acerca a casa de Barrera —ambos viven en Puerta de Hierro— y le plantea su dimisión. «Aquí no dimites nadie más que yo», cuentan que le respondió, «porque nos vamos a cargar al país». Convienen en que el tema será replanteado en una reunión entre los altos cargos del I. N. I.

Poco antes del mediodía León Herrera concede a «La Actualidad Española» su primera entrevista como ministro. «Creo que la Prensa debe ir en vanguardia abriendo paso al desarrollo político, pero mirando hacia atrás para cerciorarse de que aquél camina hacia la meta deseada...

ble...», dice. «Plenso que si la Prensa se adelanta en demasía, difícilmente podrá contribuir a allanar aquel camino, cuyas dificultades nadie ignora.»

El diario «Ya» publica un artículo firmado por el grupo «Táctico» y redactado básicamente por Gabriel Cañadas, quien habría de ser subsecretario de Información en el primer Gobierno de la Monarquía. «Si los signos externos reflejan de algún modo el auténtico sentido profundo de los acontecimientos, debemos pensar que una línea política ha muerto ayer», sentencian los «Tácticos». «El discurso del señor Labadie ante todo el Estado, el cese del señor Cabanillas y la dimisión del señor Barrera no pueden dejarnos ninguna duda. Se tuvo la oportunidad de elegir un camino, el que los discursos

presidenciales señalaban y nosotros apoyamos. Se ha elegido otro».

EPILOGO

«Sólo queda el dolor de que al final de la andadura no estén con nosotros estos dos valiosísimos colaboradores», dice Arias con evidente pesadumbre, refiriéndose a Cabanillas y Barrera en el acto de toma de posesión de sus sucesores. Pronto se confirma la dimisión de Fernández Ordóñez y algunos de sus colaboradores en el I. N. I.

Se rumorea que varios altos cargos de Presidencia han optado también por abandonar. Antonio Carro les convence para que continúen y se dispongan a

librar la inminente batalla del asociacionismo.

La prensa se vuelca en elogios hacia los ministros salientes. León Herrera manda elaborar un «dossier» en dos tomos —nacional y extranjera— y se lo envía encuadrado y con una cordial dedicatoria a Pío Cabanillas.

La batalla del asociacionismo supone una nueva derrota para los aperturistas. A pesar de que Arias ve con buenos ojos el anteproyecto elaborado en Presidencia, el Jefe del Estado se inclina por el de Secretaría General que reduce el juego político al estricto marco del Movimiento. Juan Antonio Ortega y Díaz-Ambrona dimite entonces como director del Instituto de Estudios Administrativos de la Presidencia de Gobierno. Como el cese tarda en llegar, pura y simplemente deja de aparecer por el despacho.

Tanto él como Fernández Ordóñez pronuncian sendas conferencias que causan gran escándalo y ciertas tensiones en el Club Siglo XXI: coinciden en la necesidad de abrir un proceso constituyente. En la presentación de un libro de su colaborador Manuel Fraite, Pío Cabanillas rompe su silencio de varios meses y solicita que se fije el plazo concreto de la sucesión.

Arias trata de recuperar el rumbo perdido y completa la crisis a finales de febrero, aprovechando la dimisión de Licinio de la Fuente. Además del lógico relevo en los departamentos económicos, se produce el nombramiento de Fernando Suárez como vicepresidente tercero y ministro de Trabajo y los ceses de Ruiz Jarabo y Utrera Molina. Los sustituyen Sánchez Ventura y Fernando Herrero Tejedor. La muerte de este último en accidente de tráfico haría irremisible el último otoño triste del franquismo.

Pedro J. RAMIREZ



Relevo en Presidencia. De izquierda a derecha, Licinio de la Fuente, Fernández Sordo, Allende, León Herrera, Cabello de Alba, Arias, Rodríguez de Miguel, Barrera y Cabanillas. «Sólo queda el dolor de que al final de la andadura no estén con nosotros estos dos valiosísimos colaboradores», diría el Presidente. Un sincero epitafio.